

Mercedes ARBAIZA VILALLONGA, *Familia, trabajo y reproducción social. Una perspectiva microhistórica de la sociedad vizcaína a finales del Viejo Régimen*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996.

Este minucioso estudio de las transformaciones económico-familiares, acaecidas en la sociedad agraria vizcaína en su transición a la era industrial a finales del Antiguo Régimen, constituye una importante aportación a la historia económica. El título del libro no hace, de hecho, plena justicia a la ambición del análisis de los cambios contradictorios en los modelos familiares y en la reproducción social en el medio agrario a medida que emerge una economía familiar protoindustrial, ya que en todo momento la autora hace hincapié en los vínculos de aquellos cambios con los procesos económicos más amplios de una sociedad abiertamente mercantil.

Desde un punto de vista teórico y metodológico, este libro es el resultado más reciente de una nueva corriente en la historia económica española que, bajo la influencia de la demografía histórica de Cambridge, se adentra en las dimensiones micro-históricas familiares y demográficas de procesos económicos, aunque trascendiendo los planteamientos de aquella escuela. El interés teórico de este estudio no reside en una perspectiva interdisciplinar aparentemente más amplia, que incorpora los aspectos demográficos, reproductivos, de género y culturales al análisis de la razón económica de la historia. Por el contrario, la autora demuestra la necesaria e intrincada imbricación de todas estas dimensiones en los procesos socio-económicos, de modo que logra presentar un complejo y dinámico retrato de la sociedad vizcaína preindustrial en su tránsito a una economía familiar protoindustrial, en la que los valores socio-culturales juegan un papel destacado en relación a la razón práctica.

Al proponerse escribir una historia desde la perspectiva de sus protagonistas, el estudio parte estratégicamente de la familia, un concepto consabidamente multifacético y controvertido. Consciente de ello, la autora se centra en el hogar, entendido como la unidad que reunía las funciones de producción, reproducción y consumo en el medio agrario tradicional, al tiempo que presta debida atención a las diferencias y desigualdades de género en su seno. De este modo, el hogar emerge como el espacio cultural-institucional donde se constituyen y reproducen los recursos humanos en una interacción dinámica entre estrategias familiares y fuerzas del mercado, que también se expresa en el ámbito demográfico y socio-estructural.

Al analizar en detalle las estrategias familiares y los procesos de reproducción en el mundo agrario en transformación, la autora demuestra que la familia troncal vasca y su proverbial autosuficiencia económica, lejos de ser típica, representa una modalidad de reproducción que coexiste con un modelo familiar nuclear que es a la vez resultado y condición del mismo. Así, el modelo clásico de la familia troncal, dotado de un sistema de herencia proindivisa preferencial, aparece más como un ideal cultural que como una práctica generalizada, cuya estabilidad e intensidad regional están condicionados por el acceso a la tierra, la organización de la producción, la consecuente ubicación de la familia en la estructura socio-económica rural y los recursos no agrarios. Como demuestra Arbaiza

Vilallonga, las condiciones de estabilidad de este modelo familiar troncal empeoraron a lo largo de la primera mitad del siglo XIX.

Una de las claves de la organización familiar troncal es el sistema de herencia proindiviso, una dimensión sociocultural de su reproducción que, no obstante, vincula la economía familiar con las estructuras económicas más amplias en una sociedad nítidamente mercantil. Este sistema de herencia, por una parte, expulsa a los no-herederos, que acaban formando hogares nucleares de pequeños campesinos, incapaces de asegurarse su subsistencia de modo autónomo; por ello, deben buscar su sustento en otros sectores de la economía mediante la intensa utilización de la capacidad de trabajo familiar, convertida en una fuente de mano de obra para la protoindustria emergente. Por otra parte, este modo de herencia también implica el endeudamiento recurrente a lo largo del ciclo vital de la propia familia troncal del heredero/a a causa de los elevados costes económico-culturales de la sucesión, que debe afrontar mediante una mayor o menor apertura al mercado según su situación económico-social, lo que contradice precisamente la celebrada autosuficiencia del modo troncal. Además, este complejo entramado hereditario sociocultural, fuente de diferenciación social tiene, por un lado, eminentes implicaciones demográficas y, por otro, no puede comprenderse sin tener en cuenta la coyuntura y las oportunidades económicas más amplias. El sistema familiar troncal sustenta y explica una baja presión demográfica debida ante al intenso celibato y a una nupcialidad tardía, ya que los no-herederos deben ser compensados y el matrimonio exige recursos que el heredero/a –y quien quiere casarse con un heredero/a– ha de buscar previamente en el mercado. Aunque las familias nucleares, que por definición son neolocales en contraste con el patrón troncal patrilocal, tienden a convertirse en unidades de trabajo y consumo, su intensidad nupcial y la edad de acceso al matrimonio dependen igualmente de las posibilidades económicas, es decir, de los niveles salariales reales y de las condiciones de vida. Como concluye Arbaiza Vilallonga, las estrategias de reproducción social no pueden, por consiguiente, atribuirse, ni en las familias troncales ni en aquellas nucleares, exclusivamente al sistema de herencia, ya que el acceso a recursos económicos constituye un factor limitador.

Las diversas estrategias familiares de reproducción social inciden y se reflejan asimismo en la división sexual del trabajo. Su estudio histórico plantea especiales dificultades, pues si bien las fuentes pueden revelar el reparto formal de las labores entre mujeres y hombres, resulta mucho más problemático interpretar los significados socio-culturales atribuibles a dicho reparto. Hay que distinguir entre división del trabajo y los significados socio-culturales que ésta adquiere en contextos distintos y las estructuras de poder que éstos implican. Como muestra Arbaiza Vilallonga, las economías familiares agrarias con tierra suficiente exigen el trabajo intenso de todos sus miembros, aunque las fuentes disponibles no le permitan saber como se repartían estas labores. Los trabajos asalariados, externos a las explotaciones agrarias, dedicados a cubrir los gastos inherentes al sistema de herencia propio del hogar troncal parecen ser realizados, no obstante, por hombres. Como han mostrado otros estudios de economías campesinas, es probable que la intensidad del trabajo haya sido comparable entre hombres y mujeres aunque el cabeza de familia sea un hombre y tenga, por lo tanto, un papel dominante en la toma de decisiones acerca de las estrategias familiares. Ello no queda claro en el estudio. En cambio, entre los pequeños campesinos protoindustriales sin tierras suficientes para la autosubsistencia, todos los miembros hábiles de la familia cooperan en una actividad asalariada. Esto contrasta con las familias artesanales

urbanas anteriores a la industrialización donde las mujeres se incorporan cada vez menos al mercado de trabajo. Como, con razón, señala la autora, la división sexual del trabajo descansa en última instancia en valores culturales, aunque no deba despreciarse el interés por maximizar la capacidad productiva de la unidad familiar combinando las labores del modo más eficaz según los distintos modelos económicos. Lo que resulta más discutible, sin embargo, es interpretar las diferentes intensidades de participación de las mujeres en la producción como indicios de grados diversos de discriminación social. Para poder determinar el estatus social de las mujeres hay que conocer también el prestigio sociocultural de que gozan respectivamente el trabajo llamado productivo y reproductivo, el cual no puede ser extrapolado de modo inmediato de la división sexual del trabajo.

El estudio de las estrategias familiares de reproducción en la sociedad industrial no forma parte de este libro. Sin embargo, para no caer en el error de suponer que la historia familiar descrita por Arbaiza Vilallonga sugiere un proceso lineal de progresiva exclusión de las mujeres del mercado de trabajo, cabe notar que, bajo el régimen industrial, las mujeres de clase baja siempre participaron, en mayor o menor grado, en el trabajo asalariado como consecuencia compleja de las necesidades económicas familiares, de su motivación específica de incorporarse al mercado de trabajo (*labour market commitment*), así como de la demanda de mano de obra barata. Todos estos factores tienen un componente cultural que tiene que ver con valores culturales de género.

El mérito de este libro es doble a este respecto. Por un lado, queda patente el vínculo dinámico existente entre los sistemas familiares, como marco sociocultural de la reproducción social, y los macro-procesos económicos, una dimensión olvidada con frecuencia en la historia económica convencional. Los humanos somos por naturaleza seres sociales y, aunque el modo de organizar la convivencia así como la reproducción social varíen enormemente, nunca ha existido el trabajador aislado, sino que siempre forma parte de una unidad social (la «familia») que influye en sus aspiraciones y estrategias económicas y políticas. Por otro lado, debería ser igualmente evidente que los procesos económicos no ocurren en un vacío cultural. Aunque la autora no explique los factores socioculturales cuyos efectos contempla —el ideal troncal y de autosubsistencia, el sistema de herencia, los valores de género— ello no reduce el valor que tiene su análisis al darle la importancia merecida a la dimensión sociocultural.

Resulta imposible, dado el espacio disponible para esta reseña, hacer justicia a la riqueza de información, al rigor metodológico y a la sutileza analítica de este estudio del papel de la familia, el trabajo y la reproducción social en la sociedad vizcaína a fines del Antiguo Régimen. Aunque su público natural sean los historiadores económicos, también recomiendo su lectura a sociólogos y antropólogos. Lo único que he echado en falta son unas mínimas conclusiones al final de cada capítulo, pues habrían facilitado la lectura de este fascinante libro a quienes carecen de una formación económica.

VERENA STOLCKE